

ANTONIO CORREA ACOSTA

A LA LUZ DE LA RAZÓN
MEMORIA DE UN MAESTRO
DE PRINCIPIOS DE LOS '60

•

Edición de
AMELINA CORREA RAMÓN
y MIGUEL BEAS MIRANDA

GRANADA
2014

- © DE LA MEMORIA: Herederos de Antonio Correa
Acosta
- © DEL PRÓLOGO: Amelina Correa Ramón
- © DEL EPÍLOGO Y NOTAS: Miguel Beas Miranda
- © DE LA EDICIÓN: Amelina Correa Ramón
y Miguel Beas Miranda
- © UNIVERSIDAD DE GRANADA
A LA LUZ DE LA RAZÓN
MEMORIA DE UN MAESTRO
DE PRINCIPIOS DE LOS '60

EDITA

Editorial Universidad de Granada
Campus Universitario de Cartuja. GRANADA.

COLABORA

Biblioteca Universitaria de Granada. GRANADA.

COMPAGINACIÓN Y PREIMPRESIÓN

Galerada, SIAG. GRANADA.

DISEÑO CUBIERTA

Lalo Rojas. GRANADA.

IMPRIME

Imprenta Comercial. MOTRL. GRANADA.

ENCUADERNACIÓN

Olmedo Hnos. OGFJARES, GRANADA.

ISBN: 978-84-338-5712-5

Depósito legal: Gr./2.374-2014

Impreso en España

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Prólogo



AMELINA CORREA RAMÓN



De los cuentos del patito aventurero a la luz de la razón



*Para Martín y Daniel,
que no conocieron a su abuelo*

CUANDO ERA PEQUEÑA, mi padre fue Inspector de Educación en la Alpujarra granadina, entre los años 1970 y 1975, una época muy distinta de la actual, una época en que las carreteras y medios de comunicación de la zona eran verdaderamente deficientes y en que el turismo no había llegado, ni mucho menos, a una comarca que se conservaba aún por descubrir en su belleza todavía un tanto inhóspita. No había, por tanto, hoteles para pasar la noche —a lo máximo alguna fonda o alojamiento precario—, ni, prácticamente, lugares donde comer, y recuerdo que mi padre se llevaba unos bocadillos envueltos en papel y —casi me parece estar viéndolo— un batido Puleva con sabor a fresa. Al regreso, ya anochecido, me contaba siempre historias que yo esperaba con gran impaciencia acerca de un personaje inventado y que a mí me encantaba; se llamaba *el patito aventurero*. Según las vivencias que hubiera tenido mi padre ese día: qué animales había visto en sus visitas, si había parado a beber agua en una fuente o cruzado un río, así eran las andanzas que habían sucedido al pequeño patito que hacía mis delicias. Recuerdo intacta mi ilusión infantil, a pesar de mi muy temprana edad, pero lo

que no recuerdo sino por las explicaciones posteriores de mi padre es que él se vio obligado a dejar de relatarme estos cuentos porque —al parecer— yo los vivía con tal intensidad que me los creía, y se los contaba a mi vez a las niñas en el colegio. Y llegó un momento en que mi padre temió que se pudieran reír de mí por mi cándida ingenuidad. Así acabó el patito aventurero, que —contemplado ahora ya en la distancia y con ojos de adulta— no era en realidad más que una imagen metafórica de mi padre y sus aventuras en unas tierras y unos años que no siempre resultaron fáciles, pero que eran hermosas transmutadas por la fantasía y vistos por los ojos emocionados de su hija.

• • •

En realidad, sus primeras *aventuras* tuvieron lugar en un entorno que no debía de ser, ciertamente, muy diferente de esa comarca alpujarreña agreste y llena de belleza por la que tanto viajó y que tan bien llegó a conocer y amar. En efecto, Antonio Correa Acosta nació el 14 de noviembre de 1935 en el pequeño pueblecito de Guájar Faragüit, perteneciente al núcleo poblacional de Los Guájares, a tan sólo 62 kilómetros de Granada, pero que entonces semejaban una enorme distancia, visto lo dificultoso que resultaba acceder a una zona abrupta y escarpada, como al parecer, indica su propio nombre (Guájar) en árabe, y que proviene de unas primitivas alquerías que datan desde tiempos de los musulmanes. De hecho, el propio Pascual Madoz, en la entrada dedicada a este pueblo en su monumental *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar*, señalaba a mediados del siglo XIX que sus caminos «todos son muy malos por lo peñascoso y pendiente del terreno» (Madoz,

1987: 204)¹. Y más de un siglo después, mi padre me contaba que, todavía a finales de la década de los cincuenta y comienzos de los sesenta del pasado siglo, cuando él regresaba al pueblo en los periodos vacacionales de su etapa de estudiante, primero en la Universidad de Granada, y luego, en la de Madrid, había que mandar aviso previamente para que bajaran a las orillas del río Guadalfeo —casi cercano ya a su desembocadura en la costa de Salobreña y Motril— unos arrieros con mulas, puesto que, al no existir ni siquiera puente sobre el mismo, la única manera de cruzarlo y emprender la subida hasta Los Guájares era a lomos de caballería.

Guájar Faragüit era la localidad de origen de su abuelo paterno, domiciliado junto con su abuela (natural de Guájar Alto)² en la calle de San Lorenzo, que llevaba el nombre del patrón del pueblo, y en cuya casa vendría a este mundo, a la luz de un velón y con unos ojos especialmente brillantes —según diría su abuelo del recién nacido—.

1. En la entradas correspondientes a Guájar Alto («Los caminos son malísimos, con mil precipicios, que los hacen sumamente difíciles», Madoz, 1987: 204) y a Guájar Fondón («Los caminos se dirigen a la capital Granada, a Motril y pueblos limítrofes: su estado es bastante penoso por la escabrosidad del terreno», Madoz, 1987: 205) se redunda en la misma idea.

2. Los Correa de esa rama familiar proceden de Los Guájares al menos desde el último tercio del siglo XVIII, cuando Mateo Correa Vico, natural de la localidad alpujarreña de Carataunas, donde había nacido en 1746, llega a Guájar Faragüit. Allí contraerá matrimonio con Águeda Medina Jiménez, oriunda de esta villa. La sempiterna curiosidad y la tenacidad investigadora que caracterizaron a Antonio Correa Acosta lo llevaron a embarcarse en la tarea de elaborar el árbol genealógico de la familia, tras un complejo proceso de búsqueda y documentación en diversos archivos de la provincia.

De acuerdo con los relatos locales, la atribución del patronazgo a San Lorenzo —que da nombre a la iglesia del pueblo, de arquitectura mudéjar— tuvo su origen en un luctuoso suceso acaecido, en realidad, en la vecina Guájjar Fondón. Allí, al parecer, Don Juan Zapata, señor de la Villa, fue quemado vivo durante la rebelión de los moriscos, en diciembre de 1568 (cf. Camposo de Haro, 1995: 25-26), en compañía de más de cien soldados, lo que recordó inmediatamente al martirio sufrido por el santo en su parrilla. Otro episodio especialmente sangriento vinculado con dicha contienda —conocida con frecuencia como la Guerra de las Alpujarras— tuvo lugar poco más de un mes después, a comienzos de febrero de 1569, cuando las tropas del marqués de Mondéjar remontaron el curso del afluente local del Guadalfeo, el río de la Toba, con la orden de pasar a cuchillo a cuantos moriscos fueran encontrando a su paso (Camposo de Haro, 1995: 26-31), de manera que según las crónicas orales transmitidas de generación en generación, las aguas del río se tiñeron de rojo, hasta el punto de que mi padre se refería a ese pequeño cauce fluvial con el sobrenombre con el que fue desde entonces denominado en la zona: *río de la Sangre*.

Guájjar Faragüit es, de los tres que conforman el conjunto —junto con Guájjar Alto y Guájjar Fondón— el pueblo de mayor entidad y con un número más elevado de habitantes (que no llegan a los ochocientos, alcanzándose en torno a los mil trescientos en el conjunto de los tres pueblos). De hecho, si bien hasta 1973 cada uno de los tres constituía un municipio independiente, a partir de esta fecha resultaron agrupados en el de Los Guájjarres, ostentando Guájjar Faragüit la capitalidad municipal y siendo la sede del Ayuntamiento.

Su nombre parece significar «jardín escondido», y lo es, en efecto, puesto que, a pesar de sus malas comuni-

caciones del pasado, la feracidad de su terreno —aunque también abundan las zonas de secano— siempre ha quedado asegurada por la abundancia de agua que circula en fuentes, una red de acequias de origen árabe y el mencionado río de la Toba, más otros diversos arroyos que recorren las cercanías de un lugar caracterizado, sin duda, por su belleza pintoresca. Así, Pascual Madoz, quien proporciona multitud de datos prácticos, lo describió sucinta pero elocuentemente en 1845-1850:

Está cercada de bancales y arbolado de almeces y parrales, que van subiendo desde el río y forman una gradería vistosa. [...] Los cerros, tajos y peñascos de que se halla erizada la mayor parte del término, están poblados de pinos, carrascos, romeros y aulagas, encontrándose sólo algún viñedo hacia el Norte en el sitio llamado los Jarales, varias parras a las márgenes del río y arroyo Arrendate, y un pedazo de pinar al Oeste en el parage [*sic*] que lleva el nombre de Vinula [...] Producción. Higos y aceites son los principales: también se coge algún vino, maíz, trigo y limones³, que se llevan a Granada para las confiterías (Madoz, 1987: 204).

El hijo más famoso del pueblo viene a ser, sin duda alguna, el excelente escultor y pintor Antonio Cano Correa (1909-2009), quien nació entre sus calles el 4 de febrero de 1909 —primo carnal de mi abuelo, con quien mantendría siempre una especial amistad, que cultivaría tam-

3. Hoy en día, sin embargo, la zona se ha revelado extraordinariamente fértil en el cultivo de productos subtropicales, por su cercanía con la costa de Granada.

bién mi padre hasta sus últimos días, ya centenario el artista—, y autor, entre otras muchas prestigiosas obras, de la estatua dedicada a Alonso Cano (1943) que se sitúa en la plaza del Palacio Arzobispal de la capital granadina. Como prueba de su amor por el lugar donde viera la luz, Antonio Cano Correa esculpió en 1939 diversas imágenes para su iglesia parroquial: un San Lorenzo, una imagen de Jesús Nazareno, un Cristo crucificado y una Virgen Dolorosa. Unos años antes, en 1931, realiza una copia de la Inmaculada de Alonso Cano para el altar mayor de la iglesia de la Encarnación, parroquial de Guájjar Alto, que data del primer tercio del siglo XVI, edificada igualmente en estilo mudéjar, aunque debió ser reconstruida a finales del XIX tras verse afectada por el terremoto de Alhama (que tuvo lugar el 25 de diciembre de 1884).

Y precisamente en Guájjar Alto transcurriría la niñez y adolescencia de Antonio Correa Acosta, pues en las calles de este pequeñísimo pueblecito (hoy en día no llega a los trescientos habitantes, siendo el menor de los tres), y, como su propio nombre indica, el más alto del valle en que se asientan Los Guájares, se encontraba el domicilio de sus padres. Antonio Correa Guerrero (1909-1997) y Josefa Acosta Montes (1914-1998), maestros ambos de profesión, se conocieron en Granada, mientras cursaban precisamente sus estudios de Magisterio. Ambos los hicieron mientras se llevaban a cabo las obras del nuevo edificio de la Escuela Normal que —aunque ellos no llegarían a estrenarlo por muy poco— se inauguraría a finales de la Gran Vía granadina el día 1 de octubre de 1933, por parte del propio presidente de la República, Niceto Alcalá Zamora, edificio singular, cuyas obras se prolongaron por espacio de diez años, y que se construyó con proyecto del arquitecto conservador de la Alhambra, Leopoldo Torres Balbás, siendo amueblado según diseños nada

menos que de Hermenegildo Lanz (cf. López, 1979: 153-156), quien sería de hecho profesor de mis abuelos en sus aulas docentes, junto con otras destacadas figuras del momento, vinculadas con la Institución Libre de Enseñanza —como Gloria Giner, Agustín Escribano o Luisa Pueo—, cuyos nombres ellos acostumbraban a mencionar en sus conversaciones con admiración y respeto, aunque hubieran transcurrido ya muchas décadas desde entonces.

La profesión de sus padres, vivida en plenitud, despertaría, sin duda alguna, una temprana vocación en Antonio Correa Acosta, quien sería totalmente consciente durante toda su vida de la extrema importancia de la educación, única vía de regeneración y crecimiento del individuo y su colectividad. Término derivado culto de *vocare*, «llamar», documentado en español hacia 1140, la vocación, esa sensación imperiosa de sentirse llamado y que se suele considerar como una suerte de don, se acostumbra a asociar usualmente con el hecho religioso, pero lo cierto es que uno puede consagrarse a altos fines que no tengan que ver con la esfera de lo divino.

Así, en el libro de memorias que aquí presentamos, lo declarará con rotundidad de manera específica:

Creo oportuno decir, antes de pasar a la exposición de la actividad, que soy hijo de maestros y que estoy enraizado en la enseñanza. Me gusta el magisterio y me ha gustado siempre [...]. Encuentro en el ejercicio de esta digna profesión algo, admirable, abnegado, heroico. Y también la siento pagada de hermosas compensaciones.

Además de esa pronta concienciación, la infancia de mi padre desarrollaría en él una serie de valores que permanecerían para siempre; así, un acusado sentido de la responsabilidad; la laboriosidad y una concepción del esfuer-

ANTONIO J. ONIEVA
Y
JUAN PIEDRAHITA

VIDA PROFESIONAL Y ADMINISTRATIVA DEL MAESTRO

INFORMACION, INSTRUCCIONES,
MODELOS Y FORMULARIOS,
NORMAS LEGISLATIVAS, ETC.

EDITORIAL MAGISTERIO ESPAÑOL
CALLE DE QUEVEDO, NUM. 5 :: MADRID



Biblioteca Universitaria de Granada



01774456

zo como algo imprescindible para alcanzar los objetivos propuestos; el afán incesante de conocimiento y la intensa devoción por la cultura; la generosidad y el deseo de ayudar a quienquiera que solicitara su ayuda; una firme creencia en la justicia y la racionalidad; y un profundo respeto y amor por la Naturaleza, surgidos desde el íntimo contacto de un niño criado en el campo, que conocía el nombre de los árboles y el canto de las pájaros. De esos años tan duros por las circunstancias históricas del país, él recordaría a menudo episodios penosos y lamentables (los ataques de los maquis al pueblo, los reiterados asesinatos, la dureza con que se trataba a los guerrilleros —*los hombres de la Sierra*, como los llamaban allí entonces—, la visión de un suicida por ahorcamiento, cuya visión le robó el sueño durante noches y noches); pero también, con mucha frecuencia, evocaría con nostalgia los días pasados en contacto con una Naturaleza pródiga y hermosa. Así, el recuerdo de las preciosas fincas familiares —la Palma, las Erillas, el Curato, etc.—, con sus árboles frutales; las pozas en el río donde los niños se bañaban; los gatos de la casa —cada uno con sus características y peculiaridades: el Roque Grande, el Roque Chico, el Gato Rubio, que una vecina regaló a su hermana menor, María José, el día en que un fotógrafo ambulante llegó al pueblo, para que se quedara quieta y posara para la foto-; la ocasión en que, ante la reiterada negativa de sus padres a dejarle tener un perro, decidió sacar a un cerdo del corral y pasearlo atado con una cuerda a modo de correa —anécdota que recordaba muy divertido, considerándose pionero, cuando hace unos años se puso de moda el tener un cerdo vietnamita como mascota-. Y también, la casita que, en unión de su hermano Paco —su compañero de juegos, de estudios y de casi todo en realidad durante esos años— construyó en una de las huertas como lúdi-

co entretenimiento, algo que cuando yo era niña, le pedía que me contara una y otra vez, porque, criada en la ciudad, tal casita se me antojaba como una especie de maravilla inalcanzable y de acicate para mi fantasía.

Como afirmaría el poeta inglés William Wordsworth en pleno auge del romanticismo europeo, con unas palabras que han sido citadas abundantemente: «*The child is father of the man*» («El niño es el padre del hombre»). Y, en efecto, el hombre en que se convertiría Antonio Correa Acosta surge en buena medida del niño que fue y que nunca dejó de constituirlo.

Alojado en pensiones y habitaciones de alquiler, en la capital granadina cursaría los estudios de Magisterio (con la calificación final de Sobresaliente), a la vez que conocería a algunos de los amigos que conservaría para siempre en su vida, a pesar de los viajes, traslados y cambios que seguirían sus diversas trayectorias. En 1957 iniciará la carrera de Filosofía y Letras en la Universidad de Granada, viéndose obligado en 1959 a trasladarse a Madrid con el fin de proseguir allí los estudios, puesto que en la Universidad granadina no existía por entonces la especialidad de Pedagogía, que finalizaría en 1962, igualmente con la calificación final de Sobresaliente.

Pero dichos estudios universitarios los va a simultanear, demostrando en todo momento una gran capacidad de trabajo, así como permanente aptitud para el sacrificio y la abnegación en pro de la consecución de unos objetivos (consciente de que en esta vida no hay nada que se consiga sin esfuerzo), con la preparación de las oposiciones de ingreso en el cuerpo de Magisterio Nacional Primario, que fueron convocadas en mayo de 1960. Celebradas durante el curso 1960-61, Antonio Correa Acosta obtuvo el número 4 de la provincia de Madrid —por cuyos tribunales se examinaba— y el 80 a nivel nacional. Por lo

tanto, el 9 de septiembre de 1961 se le expide Título de Maestro propietario provisional, destinándosele al Colegio Benito Pérez Galdós de esa capital, donde toma enseguida posesión, incorporándose a sus clases en ese curso que comenzaba, 1961-1962, que compaginará con los estudios de su último año de Pedagogía, que finalizaría con la presentación en el mes de septiembre de su memoria de licenciatura, titulada *Problemática de la formación militar española* (tema que eligió condicionado por el hecho de tener que cumplir con el servicio militar obligatorio, que él llevó a cabo a lo largo de varios veranos en las Milicias Universitarias, accediendo a los fondos bibliográficos a su alcance en esos momentos, al objeto de aprovechar al máximo posible el escaso tiempo con el que contaba).

Se acababa de iniciar una etapa en su vida, en la que ejercerá como docente, que constituye precisamente el objeto de la presente obra, *A la luz de la razón. Memoria de un maestro de principios de los '60*, que recoge un emocionante testimonio de lo que fueron sus experiencias en escuelas urbanas y rurales (en Madrid y Moguer, Huelva) y posteriormente, como profesor de Pedagogía de la Escuela del Magisterio «Manuel Siurot», de Huelva, que toma su nombre en homenaje al pedagogo onubense. Manuel Siurot (1872-1940) fue un renombrado abogado, escritor y periodista, que llegó a ocupar incluso algunos cargos políticos, y que, sin embargo, lo abandonó todo para dedicarse a la educación de la infancia más desfavorecida, por influencia del ejemplo de Andrés Manjón.

Dicho volumen fue escrito por mi padre con la intención de que constituyera la preceptiva Memoria de la actividad docente que había que presentar para concurrir a las «oposiciones a ingreso en el Cuerpo de Inspectores de Enseñanza Primaria», a las que se presentaría siguiendo su clara y firme vocación. De hecho, la inspección educativa

será la profesión a la que consagraría prácticamente toda su vida profesional, con enorme dedicación y entrega.

Tras un primer intento que resultó fallido, puesto que, después de haberse preparado meticulosamente todo el extenso temario, resultó que le faltaba un mínimo tiempo de práctica docente (establecida legalmente en dos años) para poder concurrir, se vio obligado a esperar a la siguiente convocatoria, en la que el destino le jugaría la mala pasada de que el temario varió muy sustancialmente, debiendo iniciar toda una serie de temas partiendo desde cero. Convocadas por Orden del 14 de noviembre de 1964 —justamente el día en que cumplía veintinueve años—, el *BOE* de 2 de diciembre en que se hizo pública establecía que el primer ejercicio —de los cinco de que constaba la dura y exigente prueba—, sería de carácter oral y versaría —entre otros puntos— «Sobre el contenido de la Memoria que sintetice su actuación en la Escuela primaria».

Por Orden de 1 de abril de 1965 (*BOE* del 19 de ese mismo mes) se nombraron los Tribunales de las oposiciones, al igual que se fijaba la fecha de inicio en cada distrito universitario para el 17 de mayo. Tras varios meses de ardua competencia en unos ejercicios que tenían fama de ser difíciles, a finales de ese año de 1965 Antonio Correa Acosta aprobaría las oposiciones que le daban acceso a una profesión que siempre sentiría como verdaderamente vocacional, con el número 10 de todo el territorio nacional, y eligiendo como su primer destino la plaza de Sevilla. Los resultados se hicieron públicos en la Orden de 1 de febrero de 1966 (*BOE* del 9 de ese mes), «por la que se nombran Inspectores Auxiliares de Enseñanza Primaria a los señores que se citan», en número de cuarenta y seis. El día 12 de febrero Antonio García Cremades, Secretario del Consejo de Inspección de Enseñanza Primaria de

la Provincia de Sevilla certifica su efectiva toma de posesión, finalizando un año después el periodo que se consideraba auxiliar para pasar a ejercer «su función con plenitud de derechos profesionales».

En Sevilla estará hasta el 31 de agosto de 1969, en que, en virtud de concurso de traslado, cambie su destino por el de Granada, en la que permanecerá hasta el momento de su jubilación, el 31 de agosto de 2005. Casi cuarenta años de servicio en un trabajo al que se entregó con verdadera dedicación y profesionalidad, siendo unánime el reconocimiento, prestigio y buen nombre que dejó tras de sí al abandonar la Inspección a punto de cumplir los setenta años de edad.

Pero volviendo la vista atrás hacia los años en que desempeñó el magisterio, hay que decir que su paso por las aulas escolares de Madrid y Moguer dejarían en él una importante huella, de la que el presente volumen ofrece precioso testimonio. Al inicio del texto, Antonio Correa Acosta explica:

Intento condensar en estas páginas mi actuación al frente de la escuela.

Entiendo que la recopilación de datos y exposición de hechos que constituyen una «Memoria», han de ser, ante todo, eso: *memoria*.

Casi cincuenta años después, esas páginas se muestran, sobre todo, como una valiosa muestra de los recuerdos de quien dedicó gran parte de su vida a la educación, de quien en el propio «Preámbulo» habla de la «luz de la razón» que debe conducir sus pasos y el reflejo por escrito de sus vivencias. Esa «luz de la razón» que identifica muy bien el carácter, la concepción de la vida, de la educación, así como los ideales que siempre guía-

ron a mi padre, quien siempre intentó orientar su vida, en efecto, *a la luz de la razón*. Además, —ya he dejado dicho antes que mi padre fue siempre muy racionalista— esa significativa expresión tiene que ver, sin duda, con una de sus etapas históricas favoritas: la Ilustración. En efecto, él siempre se identificó con los valores propugnados por los ilustrados —a los que admiraba y consideraba fundamentales para el pensamiento y la civilización occidental—, al igual que con el empeño que éstos pusieron siempre en la mejora de su sociedad, que sabían dependía íntimamente de la instrucción pública. De hecho, en su bien surtida biblioteca —especializada, claro está, en temas relacionados con la historia de la educación y la pedagogía— abundaban los libros de autores dieciochescos, muy en especial, de aquellos que redactaron informes sobre instrucción o reflexionaron acerca de la necesidad de extenderla al pueblo; así, tanto ilustrados franceses: Condillac, D’Alambert, Diderot, Montesquieu, Rousseau, Voltaire, Talleyrand, como los españoles: Jovellanos, Pablo de Olavide, Manuel José Quintana, Gregorio Mayans y Siscar, se daban cita en sus poblados estantes. Todavía evoco con intensidad las numerosas veces en que él recordó la ilusión que le hizo que yo le regalara un ejemplar del informe de Condorcet (*Rapport et projet de decret sur l’organisation générale de l’instruction publique*) —incluido en un volumen titulado *Escritos pedagógicos*, editado en 1922—, que llevaba mucho tiempo intentando localizar, y que yo encontré en una Feria del Libro Antiguo. Aquel librito —puesto que era de formato pequeño— fue subrayado y anotado cuidadosamente, como él solía hacer con sus libros, que han permanecido, así, como testimonio vivo tras su marcha. Y es que, siguiendo las palabras de Mauricio Wiesenthal en su obra autobiográfica *El esnobismo de las golondrinas*:

Muchos libros de mi biblioteca están llenos de papeles y notas, porque fueron para mí una experiencia apasionante [...]. Cada uno tiene su historia [...]. Así fui tatuando en las páginas de los libros la historia de nuestro encuentro: señalando las palabras que me fascinaban, discutiendo los pensamientos que no me agradaban, dejando a veces algunas lágrimas; porque hay libros que se lloran como los buenos amores, como una oración de quietud. Sólo me gustan los libros que llevan dentro el corazón de su autor (Wiesenthal, 2007: 1083).

Los libros de la biblioteca de mi padre llevaban dentro el corazón de quien los había leído con pasión e interés, subrayando las ideas que le llamaban la atención, escribiendo en sus márgenes, dejando marcas en sus páginas. Son publicaciones (tanto libros como revistas) que se aprecian vividos y *habitados*, y tomándolos entre las manos se percibe claramente la presencia sutil de mi padre entre sus páginas.

En los últimos aproximadamente veinte años de su vida, Antonio Correa Acosta albergó un gran e ilusionante proyecto, al que consagró muchísimo tiempo, esfuerzo y dedicación⁴. Se trataba de acometer la historia de la educación en Granada, en especial, en su etapa contemporánea, es decir, durante los siglos XIX y XX. Para

4. De entre sus papeles y recuerdos, rescato una postal que acompañó al regalo que le hice el 14 de noviembre de 1998, por su sesenta y tres cumpleaños. La imagen de la tarjeta es la reproducción de una obra de uno de sus pintores preferidos, Vincent Van Gogh; su título, «El café de noche». Y el texto, escrito con tinta violeta, decía: «Éste es un regalo para que puedas archivar la documentación sobre la historia de la educación en Granada.// Feliz cumpleaños».

ello, pasó largas horas en bibliotecas, archivos y hemerotecas, localizando con gran pasión el dato escondido, la información oculta, el testimonio revelador. En no pocas ocasiones, adquirió valiosos e interesantes volúmenes en librerías de viejo o ferias especializadas. También multitud de personas —maestros, directores de colegios, antiguos compañeros, eruditos locales— le fueron ofreciendo valiosa documentación al respecto, en ocasiones, en fotocopia, pero otras muchas veces, originales. Entre ella, no pocas fotografías históricas de escuelas, algunas incluso ya desaparecidas. Y su casa se fue convirtiendo paulatinamente en una suerte de pequeño *templo del saber*, consagrado a la historia de la educación en general, y en especial, en Granada. Las estanterías ocupaban desde el suelo hasta el techo en las diversas estancias.

La imprevista desaparición de mi padre cuando se encontraba en plena madurez vital y de productividad en la empresa acometida hizo que el trabajo, del que tenía ya perfectamente diseñadas la estructura y organización en capítulos, quedara bruscamente interrumpido. Sin embargo, en diversas ocasiones, estando perfectamente bien de salud y en plenitud de sus facultades mentales, él me había repetido que, el día en que no estuviese en este mundo, me ocupase de que sus libros y su documentación fueran a parar al lugar adecuado.

Y en el lugar adecuado están ahora, después de un complicado, laborioso —pero también emotivo— proceso de inventario y catalogación. Sellados y registrados con un *ex libris* que marca el sello de procedencia, y que une al nombre de mi padre dos elementos que creemos verdaderamente definitorios de su persona: en su *ex libris*, un frondoso árbol brota de entre las páginas de un libro abierto.

En efecto, su biblioteca particular y su riquísima documentación han sido donados a la Facultad de Cien-

cias de la Educación de la Universidad de Granada. En su biblioteca, esmeradamente dirigida, sus publicaciones podrán seguir sirviendo a futuros estudiosos e investigadores, y permanecerán para siempre, cumpliendo la misión que otorga verdadero sentido a los libros. En el catálogo informatizado de la Biblioteca de la Universidad se puede acceder a la globalidad de sus fondos a través de la opción «Búsqueda experta: índices y subcatálogos», seleccionado «Procedencia», y bajo la denominación general de «Legado Antonio Correa».

En cuanto a su documentación, aunque se tratará igualmente de un proceso complicado, estamos en proyecto de digitalizarla y editarla en una publicación que llevará por título *Materiales para el estudio de la historia de la educación en Granada, por Antonio Correa Acosta*. Así, de alguna manera, su esfuerzo no se habrá perdido y permanecerá para dar frutos en múltiples posibles trabajos de investigación que se puedan emprender a partir de ellos.

Y fue en el curso de la minuciosa ordenación del vasto material bibliográfico y documental acumulado por Antonio Correa Acosta cuando fue encontrado precisamente el texto que ahora nos ocupa y que integra precisamente el núcleo central de *A la luz de la razón. Memoria de un maestro de principios de los '60*, que constituyó, como ya se ha adelantado, su Memoria para las oposiciones de inspección. Un minucioso y sin duda emotivo recorrido por sus años de experiencia como docente, un trabajo que emprendió y desarrolló en todo momento pleno de ilusión, aun consciente como era de las dificultades que cabía encontrar en las precarias escuelas de la España de la época.

En dicho volumen el autor empieza resumiendo brevemente lo que ha sido su formación, hasta llegar al

momento en que, tras aprobar las oposiciones de Magisterio, es nombrado en septiembre de 1961 maestro del Grupo Escolar «Pérez Galdós», de Madrid, donde toma posesión el 9 de octubre, con veinticinco años de edad (cumpliría veintiséis en poco más de un mes). Curiosamente, su hermano Paco (1936-2007), que había aprobado las oposiciones al mismo tiempo que él, sería destinado al mismo colegio, donde tomaría posesión con unos días de antelación.

El Grupo Escolar «Pérez Galdós», hoy desaparecido, se encontraba entonces situado en el número 45 de la calle Benito Gutiérrez, una transversal que va desde la calle de la Princesa al Paseo del Pintor Rosales, en el barrio de Argüelles, perteneciente al distrito de Moncloa-Aravaca y cercano, por tanto, a la zona universitaria.

Se trata de un barrio nuevo, surgido a mediados del siglo XIX, cuando se alcanza la convicción de que la ciudad de Madrid necesita expandirse y surgen por consiguiente varias zonas de ensanche. Una de ellas será éste, modelo de barrio de construcción burguesa, que lleva el nombre en honor al político liberal Agustín de Argüelles, de inspiración ilustrada —a mi padre le hubiera encantado saberlo; no sé si alcanzaría a conocer el dato...—, que llegaría a ser tutor de la reina Isabel II. En su memoria, también una calle del barrio, que va desde Ventura Rodríguez hasta la de Romero Robledo, será denominada como calle del Tutor.

El barrio de Argüelles —en cuyas calles, por cierto, viviría el poeta Pablo Neruda—, se construyó en tres etapas: una primera en torno a 1856; la segunda, hacia 1864 y la tercera y última, entre 1871 y 1884. En sus calles se conservan edificios notables, como el palacio de la infanta Isabel de Borbón (conocida como *La Chata*) o conventos como el del Buen Suceso. Destaca, además, el

parque del Oeste (denominado así por su situación geográfica en relación al Retiro), que llama la atención por su variedad de árboles y especies vegetales y que fue promovido durante la alcaldía de Alberto Aguilera, en los primeros años del siglo XX.

Durante la guerra civil, el parque del Oeste se convertiría en zona de batalla, siendo de hecho el propio barrio devastado por la temible Legión Cóndor. Por dicho motivo, numerosos edificios se vieron reducidos a escombros. De hecho, ése fue el caso del primitivo colegio Pérez Galdós, inicialmente ubicado en otra localización de la zona y que había sido puesto en marcha a partir de un plan aprobado por el Ayuntamiento de Madrid en 1922 para crear seis grupos escolares⁵. Al parecer, su reubicación posterior en la calle Benito Gutiérrez se efectuó sobre un edificio concebido originariamente para vivienda, que Antonio Correa Acosta describe en su pormenorizada memoria como relativamente de nueva construcción, con cinco plantas, y no demasiado apto para escuela. El exceso de escaleras, con los riesgos que ello conlleva, será puesto de relieve igualmente en su texto. En torno a unos doscientos alumnos asisten a clase en sus diez aulas.

De todas, la dificultad más grande que presentaba, a mi entender [este edificio], era la de que no disponía de un patio adecuado para gimnasia, recreo y expansión de los escolares. Tenía uno pequeñísimo y que, además, no se utilizaba, aunque nunca pude averiguar los motivos.

5. Entre esos seis grupos escolares iniciados a partir de 1922 se encuentra, curiosamente, también el Zumalacárregui, en que Antonio Correa estará destinado en el curso 1963-64.

Disponía, asimismo, de un pequeño salón de actos, insuficiente para albergar a toda la comunidad infantil, que se utilizaba también como comedor escolar.

Por tanto, profundamente condicionados por esa situación, el recreo se hacía sin poder salir los niños al exterior, permaneciendo cada grupo en su aula. Durante este periodo de descanso se llevaba a cabo el reparto de lo que se vino a denominar «complemento alimenticio», lo que hacía el conserje ayudado por dos o tres niños de los de mayor edad, y que consistía en un vaso de leche en polvo, suministrada gracias a la ayuda estadounidense. Las limitaciones estructurales del edificio intentó suplirlas en la medida de sus posibilidades mediante excursiones con los niños a lugares cercanos en que se podía estar en contacto con la Naturaleza, como era el ya citado parque de Rosales, o la Casa de Campo, que prestaban «excelentes medios para la enseñanza intuitiva». De este modo, consigna: «Varios jueves por la tarde hicimos excursiones a estos lugares, estudiando así, de un modo directo e intuitivo, la vegetación, fauna, relieve, etcétera». Y ello a pesar de que la clase de la que estaba encargado la constituían niños considerablemente pequeños, del primer curso de escolaridad obligatoria, esto es, con seis o siete años de edad, y en número de veintidós. En estas breves excursiones se hacían colecciones que les podrían resultar instructivas a los niños (en especial, teniendo en cuenta la precariedad de medios pedagógicos que, según Antonio Correa, caracterizaba al centro docente): hojas de plantas, raíces, flores, frutos, etc., e incluso, insectos. En este punto, mi padre añade, entre paréntesis, una matización que identifico intensamente con él (tanto que me parece estar escuchando sus palabras...), puesto que revela el profundo respeto por la Naturaleza y los seres vivos que

él, nacido y criado en un ámbito rural, siempre trató de transmitirnos, y que veo aparecer aquí en la faceta docente de sus años de juventud:

Siempre haciéndoles ver que los animales no se deben cautivar, maltratar ni matar de forma injustificada.

Los apartados que dedica en la Memoria a su experiencia en el colegio Pérez Galdós destacan por su minuciosidad y la exactitud de su detalle. De hecho, probablemente por encontrarse ante de su primera experiencia docente, se trata del destino profesional al que dedica comparativamente más espacio en su texto. Así, prestando atención a numerosos aspectos, se detiene por ejemplo en la dotación del centro, lamentando de alguna manera lo antiguo y deteriorado de su mobiliario, así como la precariedad de los materiales escolares con que se contaba. Esta última carencia procuró, en la medida de sus posibilidades, suplirla mediante la imaginación, el ingenio y la buena disposición, por lo que señala:

Confeccionamos en cartulina y cartón muchos objetos didácticos de gran utilidad. Por ejemplo: la colección de cuerpos geométricos [hechos en cartulina], el higrómetro, etcétera.

En cuanto a este aparato de medición, especifica la colaboración y expectación de los niños, que aprendieron un conocimiento por la vía práctica, poniendo en uso el lema que los ilustrados actualizarían de Horacio, proclamando *docere et delectare*, enseñar deleitando:

Hicimos [...] un curioso higrómetro. Consistía en una casita de cartón y un niño del mismo material puesto en

la puerta y suspendido del techo por un trozo de cuerda de violín. Cuando iba a llover la cuerda se «retorcía» más y hacía girar al niño, de tal forma que éste se ponía de espaldas al exterior: «Se vuelve, no quiere salir porque va a llover», decían los alumnos. Por el contrario, cuando el tiempo se presentaba bueno, el niño de cartón se ponía de frente al exterior: «Va a salir», hacía buen tiempo.

Se puede apreciar, en efecto, la utilización preferente del método inductivo, es decir, aquel que obtiene conclusiones generales a partir de premisas particulares, y que el propio Antonio Correa Acosta declara más en línea con sus convicciones e incluso acorde con su personalidad:

Siempre fueron de mi preferencia los métodos inductivos. Además, los encontré muy a propósito para mi manera de ser. Por otra parte, sobre todo para los de los primeros cursos, parece ser, es el método adecuado a las mentes infantiles para que aprendan sin gran esfuerzo.

Presentaron estos métodos para los alumnos de mi sección gran novedad y atractivo, por lo cual, a base de ellos principalmente, fui creando mi modo particular de enseñar.

De este modo también, conviene subrayar el modo cercano a la realidad directa del niño en que va a concebir la enseñanza de geografía y de historia, siquiera sea en una aproximación inicial, dada la temprana edad de los alumnos. Así pues, va a partir de la misma calle en que está localizado el colegio, la de Benito Gutiérrez (1820-1885), famoso jurisconsulto burgalés y catedrático de Derecho Civil en la Universidad de Madrid (cf. Répi-

de, 2007: 89), para ir extendiéndose al barrio que resulta familiar a los niños, y posteriormente, a la entera ciudad de Madrid. De todo ello, estudiarían la realidad histórica y social, además de llevar a cabo planos y croquis, aunque constata la dificultad que encontraban para ello unos alumnos de tan corta edad:

Los inicié en la confección e interpretación de croquis. Primero hicimos uno de la sala de clase. Después lo hicimos extensivo a la calle de Benito Gutiérrez, para después hacerlo de gran parte del barrio. A los niños les gustaba este tipo de ejercicios, a pesar de que la localización geográfica se les hacía, en cierto modo, difícil.

De igual modo percibe la dificultad de sus alumnos para concebir la medida del tiempo y ser capaces de situar hechos en su adecuado momento histórico. En el proceso conviene destacar la similar intención de obtener enseñanzas a partir de realidades que podrían resultar cercanas y a la vez, amenas y atractivas, a los niños, alejándose de una concepción de la educación memorística y basada exclusivamente en libros de texto:

Por los propios maestros «viejos»⁶ del grupo procuré informarme de los cuentos y leyendas de tipo local; cuentos y leyendas que yo, de la manera más animada

6. En *A la luz de la razón. Memoria de un maestro de principios de los '60*, Antonio Correa Acosta señala que la plantilla del colegio Pérez Galdós estaba integrada por diez maestros, de los cuales cinco llevaban ya tiempo en el centro y eran de edad avanzada, mientras que los otros cinco eran jóvenes, y, como él, de incorporación reciente.

posible, les transmití, despertándoles así un cierto interés por el «pasado». Aproveché este interés para localizar temporalmente algunos hechos que ellos conociesen. Noté, no obstante, que los niños tenían una gran dificultad para fijar temporalmente, con cierta precisión, los hechos y acontecimientos.

En el mes de febrero, la escuela recibe la visita de la Inspectora de la zona, que pasará revista al aula en que imparte su docencia. Dado que se trata precisamente de la profesión a la que aspira y que constituye realmente su vocación, para la que se prepara con denuedo, cobra especial importancia el testimonio al respecto de lo que él mismo declara como «la primera visita de Inspección que recibí como profesional de la enseñanza primaria». El resultado de la misma fue francamente satisfactorio, y así quedó consignado:

Me preguntó, de una manera sencilla y amable, por mi experiencia profesional, mi preparación, mis aspiraciones, mis deseos...

Me preguntó, de igual modo, por mis preocupaciones iniciales al ponerme al frente de una Escuela Primaria.

Le expuse los diversos problemas que se me habían planteado en el contacto diario con la realidad escolar, así como las soluciones que les había dado o intentado dar. Tuvo para mí consejos acertados y frases de estímulo.

Igualmente positivo resultará el dictamen que sobre su etapa como docente en el colegio Pérez Galdós certifica por escrito su director, D. Máximo González de Antona Paradela, quien informará de que «pude apreciar sus excelentes condiciones pedagógicas, traducidas en el avan-

ce cultural de sus alumnos, así como su indudable buena formación [...]»⁷.

Como conclusión de su primer curso académico como maestro, un curso en el que trabajaría «con acierto unas veces o con desacierto otras, pero siempre, eso sí, con tesón y entusiasmo», Antonio Correa Acosta obtendrá la enseñanza de que conviene con frecuencia aportar una mayor flexibilidad al horario o al programa pre-establecidos, puesto que

Una de mis grandes preocupaciones era la de cumplir con todo rigor el horario marcado, cosa que no llegué a conseguir, de lo que hoy me alegro enormemente, pues estoy convencido de que las lecciones y trabajos no pueden circunscribirse a unos límites estrechos y que la actividad toda de la escuela está supeditada a las circunstancias vitales del momento, las cuales, a menudo, son factores que alteran total o parcialmente el orden preestablecido. Un día se hace precisa la introducción de una lección ocasional, otro día surge la necesidad de cambiar de actividad para evitar una fatiga no prevista, a veces el maestro ha de detenerse más en la explicación de un punto o cuestión determinada por exigirle el interés del momento...

Por lo demás, conviene no olvidar que, tal y como ya se adelantó, Antonio Correa Acosta simultanearía en el curso académico 1961-1962 el desempeño de sus tareas docentes con el estudio del último año de Pedagogía que aún le faltaba para licenciarse. Terminado exitosamente,

7. Certificado firmado el 12 de junio de 1963.

en su título de Licenciado en Filosofía y Letras (Sección de Pedagogía) figura: «ha hecho constar su suficiencia en la Universidad de Madrid, el 26 de octubre de 1962, con la calificación de Sobresaliente»⁸.

Por concurso general de traslados (*BOE* de 15 de junio de 1962), su destino durante el próximo curso va a encontrarse en la localidad onubense de Moguer, donde toma posesión a comienzos de septiembre de 1962, ya como propietario definitivo, en el Grupo Escolar Pedro Alonso Niño. Dicho centro, hoy CEIP Pedro Alonso Niño, no sólo continúa existiendo en la actualidad, sino que, por una de esas impresionantes casualidades que en ocasiones suceden en la vida, mientras me encontraba redactando el presente prólogo recibí un amable correo electrónico de su director, D. Manuel Fernández, que intentaba localizar a mi padre con el objeto de invitarlo a asistir a un encuentro de antiguos maestros del colegio que se encuentran organizando. Soy plenamente consciente de que a mi padre le hubiera hecho mucha ilusión tal circunstancia y que se hubiera sumado con entusiasmo al evento.

El colegio, denominado así en honor a uno de los hijos ilustres de la localidad, el navegante y descubridor Pedro Alonso Niño (1468?-1502), que fue piloto mayor de la nao capitana Santa María en el primer viaje a América de Cristóbal Colón, era en realidad bastante nuevo cuando llegó Antonio Correa, puesto que había sido inaugurado en un edificio construido ex profeso en el curso 1952-1953, con el objetivo de paliar las carencias educativas de la zona.

8. Título expedido el 23 de septiembre de 1963.